

veces sea un pobre, seco y tostado por el sol, quien, al formar en la batalla junto a un rico criado a la sombra y cargado de muchas carnes superfluas⁵¹, le vea jadeante y agobiado, ¿crees acaso que no juzgará el pobre que es sólo por lo cobardes que son ellos mismos por lo que los otros son ricos, y que, cuando se encuentre con los suyos en privado, no se dirán, como una consigna, los unos a los otros: «Nuestros son los hombres, pues no valen nada»?

—Por mi parte —dijo— sé muy bien que eso es lo que hacen.

—Pues bien, así como a un cuerpo valetudinario le basta con recibir un pequeño impulso de fuera para inclinarse hacia la enfermedad⁵², y como a veces nace la disensión en su propio seno incluso sin causa exterior, ¿no le ocurre otro tanto a la ciudad que está lo mismo que aquél, pues basta el menor pretexto para que, llamando unos u otros en su auxilio a aliados exteriores procedentes de ciudades oligárquicas o democráticas⁵³, enferme ella y se debata en lucha consigo misma, mientras que a veces se produce la disensión incluso sin necesidad de los de fuera?

557 —En efecto.

a —Nace, pues, la democracia, creo yo, cuando, habiendo vencido los pobres, matan a algunos de sus contrarios, a otros los destierran y a los demás les hacen igualmente partícipes del gobierno y de los cargos, que, por lo regular, suelen cubrirse en este sistema mediante sorteo⁵⁴.

⁵¹ Epaminondas odiaba a los gordos y un día echó a uno de ellos de su ejército diciendo que a duras penas bastarían tres o cuatro escudos para cubrirle el vientre (Plut. *Reg. imperat. apophth.* 192 d).

⁵² Cf. Sóf. *Oed. rex* 961.

⁵³ En la historia griega no faltan, ciertamente, ejemplos en que los oligarcas o demócratas de una ciudad llamaban en su auxilio a espartanos y atenienses respectivamente.

⁵⁴ Cf. Heród. III 80 («se ejercen las magistraturas mediante sorteo y sometidas a posterior rendición de cuentas y todos los asuntos se llevan a deliberación pública»); Aristót. *Rhet.* 1365 b 30-31 («la democracia es el régimen en que se asignan los cargos por sorteo»),

—Sí —dijo—, así es como se establece la democracia, ya por medio de las armas, ya gracias al miedo que hace retirarse a los otros.

XI. —Ahora bien —dije yo—, ¿de qué modo se administran éstos? ¿Qué clase de sistema es éste? Porque es evidente que el hombre que se parezca a él resultará ser democrático.

—Evidente —dijo.

—¿No serán, ante todo, hombres libres y no se llenará la ciudad de libertad y de franqueza y no habrá licencia para hacer lo que a cada uno se le antoje?

—Por lo menos eso dicen —contestó.

—Y, donde hay licencia, es evidente que allí podrá cada cual organizar su particular género de vida en la ciudad del modo que más le agrade.

—Evidente.

—Por tanto este régimen será, creo yo, aquel en que de más clases distintas sean los hombres.

—¿Cómo no?

—Es, pues, posible —dije yo— que sea también el más bello de los sistemas. Del mismo modo que un abigarrado manto en que se combinan todos los colores, así también este régimen, en que se dan toda clase de caracteres, puede parecer el más hermoso. Y tal vez —segui diciendo— habrá, en efecto, muchos que, al igual de las mujeres y niños que se extasían ante lo abigarrado, juzguen también que no hay régimen más bello.

—En efecto —dijo.

—He aquí —dije yo— una ciudad muy apropiada, ¡oh, mi bendito amigo!, para buscar en ella sistemas políticos.

—¿Por qué?

—Porque, gracias a la licencia reinante, reúne en sí

Pol. 1317 a 40-41 («el fundamento del régimen democrático es la libertad»), 1317 b 2-3 y 11-12 («una característica de la democracia es el gobernar y ser gobernado alternativamente y otra es el vivir como uno quiere»). En lo que sigue Platón está parodiando de manera insuperable el famoso discurso de Pericles en Tucídides (II 35-46).

toda clase de constituciones y al que quiera organizar una ciudad, como ahora mismo hacíamos nosotros, es probable que le sea imprescindible dirigirse a un Estado regido democráticamente para elegir en él, como si hubiese llegado a un bazar de sistemas políticos, el género de vida que más le agrade y, una vez elegido, vivir conforme a él.

—Tal vez no sean ejemplos lo que le falte —dijo.

—Y el hecho —dije— de que en esa ciudad no sea obligatorio el gobernar, ni aun para quien sea capaz de hacerlo, ni tampoco el obedecer si uno no quiere, ni guerrear cuando los demás guerrear⁵⁵, ni estar en paz, si no quieres paz, cuando los demás lo están, ni abster⁵⁵⁸ nerte de gobernar ni de juzgar, si se te antoja hacerlo, aunque haya una ley que te prohíba gobernar y juzgar, ¿no es esa una práctica maravillosamente agradable a primera vista?

—Quizá lo sea a primera vista —dijo.

—¿Y qué? ¿No es algo admirable la tranquilidad con que lo toman algunas personas juzgadas?⁵⁶ ¿O no has visto nunca en este régimen a hombres que, habiendo sido condenados a muerte o destierro, no por ello dejan de quedarse en la ciudad ni de circular, paseando y haciendo el héroe⁵⁷, por entre la gente, que, fingiendo no verles, hace caso omiso de ellos?

—A muchos —dijo.

—¿Y su espíritu indulgente y nada escrupuloso, sino al contrario, lleno de desprecio hacia aquello tan importante que decíamos nosotros⁵⁸ cuando fundamos la ciudad, que, a no estar dotado de una naturaleza excepcio-

⁵⁵ Cf. *Los Acarneos* de Aristófanes, donde Diceópolis concierta él solo una paz separada con los lacedemonios.

⁵⁶ Pero muchos editores traducen «la tolerancia (del pueblo) para con algunas personas juzgadas». En ese caso habría que aducir como testimonio el *Critón*, donde vemos que Sócrates pudo haber escapado fácilmente si tal hubiese sido su deseo.

⁵⁷ Suele entenderse, contra nuestra opinión, que los tales personajes se pasean sin que nadie les vea ni atiende, como espíritus del otro mundo.

⁵⁸ 424 e, VI 492 e.

nal, no podría ser jamás hombre de bien el que no hubiese empezado por jugar de niño entre cosas hermosas para seguir aplicándose más tarde a todo lo semejante a ellas, y la indiferencia magnífica con que, pisoteando todos estos principios, no atiende en modo alguno al género de vida de que proceden los que se ocupan de política, antes bien, le basta para honrar a cualquiera con que éste afirme ser amigo del pueblo?

—Muy generosa ciertamente —dijo.

—Estos, pues —dije—, y otros como éstos son los rasgos que presentará la democracia; y será, según se ve, un régimen placentero, anárquico y vario que concederá indistintamente una especie de igualdad tanto a los que son iguales como a los que no lo son.

—Es muy conocido lo que dices —respondió.

XII. —Considera, pues —dije yo—, qué clase de hombre será el tal en su vida privada. ¿O habrá que investigar primero, del mismo modo que hemos hecho con el gobierno, la manera en que se forma?

—Sí —dijo.

—¿Y no será acaso de esta manera? ¿No habrá, creo yo, un hijo de aquel avaro oligárquico que haya sido educado por su padre en las costumbres de éste?

—¿Cómo no?

—Siendo, pues, también éste dominador por la fuerza de aquellos de entre sus apetitos de placer que acarrean dispendio y no ganancia, es decir, de los que son llamados innecesarios...

—Evidente —dijo.

—Pero ¿quieres —dije yo— que, para no andar a tientas, definamos ante todo qué apetitos son necesarios y cuáles no?⁵⁹

—Sí que quiero —dijo.

—Pues bien, ¿no se llamaría justamente necesarios a

⁵⁹ Platón divide los deseos en necesarios, innecesarios e ilícitos. El oligarca cede a los primeros; el demócrata, a primeros y segundos; el tirano, a los terceros.

c aquellos de que no podemos prescindir, y a cuantos al satisfacerlos nos aprovechan? Porque a estas dos clases de objetos es forzoso que aspire nuestra naturaleza. ¿No es así?

—En efecto.

559 *a* —Con razón, pues, aplicaremos a éstos la calificación de necesarios.

—Con razón.

—¿Y qué? Aquellos de que puede uno librarse si empieza a procurarlo desde joven y además a la persona en que se dan no le hacen ningún bien, sino a veces lo contrario, de todos esos si dijéramos que eran innecesarios, ¿no lo diríamos acaso con razón?

—Con razón ciertamente.

—¿Tomamos, pues, un ejemplo de cómo son unos y otros para tener una idea general de ellos?

—Sí, es preciso.

b —¿No es acaso necesario el deseo de comer alimento y companage en la medida indispensable para la salud y el bienestar?

—Así lo creo.

—Ahora bien, el deseo de alimento es necesario, me parece a mí, por dos razones: porque aprovecha y porque es capaz de poner fin a la vida⁶⁰.

—Sí.

—Y el de companage, en el grado en que resulte de algún provecho para el bienestar corporal.

—Exactamente.

c —¿Y el deseo que va más allá que éstos, el de manjares de otra índole que los citados, deseo que puede extinguirse en los más de los hombres cuando ha sido reprimido y educado en la juventud y es nocivo para el cuerpo y nocivo para el alma en lo que toca a la cordura y templanza? ¿No lo consideraríamos con razón como no necesario?

—Con mucha razón.

—¿No llamaremos, pues, dispendiosos a estos deseos

⁶⁰ Súplase «si no se atiende a él».

y productivos a aquellos otros que son útiles para la producción?

—¿Qué otra cosa llamarlos?

—¿Y diremos lo mismo de los deseos amorosos y de los demás?

—Lo mismo.

—Y aquel a quien hace poco⁶¹ llamábamos zángano, ¿no decíamos acaso que es el hombre entregado a tales placeres y apetitos y gobernado por los deseos innecesarios, mientras que el regido por los necesarios es el hombre ahorrativo y oligárquico?

—¿Cómo no?

XIII. —Pues bien, digamos ahora —seguí— cómo del hombre oligárquico sale el democrático: en mi opinión, en la mayor parte de los casos es del siguiente modo⁶².

—¿Cómo?

—Cuando en su juventud, después de criarse como íbamos diciendo⁶³, en la ineducación y la codicia, llega a gustar de la miel de los zánganos y convive con estos ardientes y terribles animales⁶⁴ capaces de procurar toda clase de placeres con variedad de color y de especie, entonces date a pensar que empieza la oligarquía que hay en él a convertirse en democracia.

—Por fuerza —dijo.

—Y así como la ciudad se transformaba⁶⁵ al venir un aliado exterior en socorro de uno de los partidos de ella

⁶¹ 552 c, 556 a.

⁶² La descripción que, en el trozo que aquí empieza, se hace de la transformación del hombre oligárquico en democrático y de las características de éste es considerada con razón por antiguos y modernos como una de las piezas maestras de la literatura universal: la penetración psicológica corre en ella pareja con la elevación del estilo; la profundidad del pensamiento, con la variedad y audacia de las metáforas y con la belleza del lenguaje. Platón tuvo para su cuadro modelos vivos en Alcibíades y la democracia ateniense.

⁶³ 558 c-d.

⁶⁴ Zánganos con aguijón; cf. 552 c y sigs.

⁶⁵ 556 e.

siendo de la misma índole que éste, ¿no ocurre que el adolescente se transforma también si a uno de los géneros de deseos que en él hay le llega de fuera la ayuda de una clase de ellos emparentada y semejante a aquél?

—En un todo.

—Y, a mi ver, si al elemento oligárquico que en él hay le socorre a su vez algún otro aliado, ya sea por parte de su padre, ya de otros deudos que le reprenden y afean la cosa, entonces surgen en él la revolución y la contrarrevolución y la lucha consigo mismo.

—¿Cómo no?

—Y alguna vez, supongo yo, lo democrático cede a lo oligárquico y, de determinados deseos, los unos sucumben y los otros van fuera por haber nacido un cierto pudor en el alma del joven y éste entra de nuevo en regla.

—Así en efecto sucede en ciertas ocasiones —dijo.

—Y a su vez, creo yo, otros deseos de la misma estirpe, nacidos bajo aquellos que fueron ya expulsados, se multiplican y hacen fuertes por la insipiente de la educación paterna⁶⁶.

—Al menos tal suele ocurrir —replicó.

—Y de ese modo le arrastran a las antiguas compañías y, uniéndose todos los deseos de unos y otros, engendran numerosa descendencia.

—¿Cómo no?

—Y al fin, según pienso, se apoderan de la fortaleza del alma juvenil, dándose cuenta de que está vacía de buenas doctrinas y hábitos y de máximas de verdad, que son los mejores vigilantes y guardianes de la razón en las mentes de los hombres amados por los dioses.

—Los mejores con mucho —dijo.

—Y otras máximas y opiniones falsas, creo yo, y presuntuosas dan el asalto y ocupan, en el alma del tal, el mismo lugar que ocupaban aquéllas.

—Sin ninguna duda —dijo.

⁶⁶ El hombre y el estado oligárquicos, de que proceden el hombre y el estado democráticos, carecían ya de la formación conveniente. Cf. 552 e.

—¿Y no es el caso que entonces, retornando a aquellos lotófagos⁶⁷, convive abiertamente con ellos y, si de parte de los deudos viene algún refuerzo al elemento de parquedad que hay en su alma, aquellas máximas arrogantes cierran en él las puertas del alcázar real⁶⁸ y ni dejan pasar aquel auxilio ni acogen los consejos que, como embajadores, envían otras personas de más edad, sino que ellas triunfan en la lucha y echan fuera el pudor, desterrándolo ignominiosamente y dándole nombre de simplicidad, arrojan con escarnio la templanza, llamándola falta de hombría, y proscriben la moderación y la medida en los gastos como si fuesen rustiquez y vileza, todo ello con la ayuda de una multitud de superfluos deseos?⁶⁹

—Bien de cierto.

—Vaciano, pues, de todo aquello el alma de su prisionero y purgándole como a iniciado en grandes misterios, entonces es cuando introducen en él una brillante y gran comitiva en que figuran coronados la insolencia, la indisciplina, el desenfreno y el impudor; y elogian y adulan a éstos, llamando a la insolencia buena educación; a la indisciplina, libertad; al desenfreno, grandeza de ánimo, y al impudor, hombría⁷⁰. ¿No es así —dije— cómo, en su juventud, se torna de su crianza dentro de los deseos necesarios a la libertad y al desate de los placeres innecesarios y sin provecho?

—A la vista está —dijo él.

—Después de esto, según yo creo, el tal sujeto vive

⁶⁷ Los «comedores de la flor del olvido» (Homero, *Od.* IX 82 y sigs.) son aquí los hombres a quienes antes se llamó zánganos, que viven enteramente olvidados de su origen divino.

⁶⁸ Esto es, la acrópolis o fortaleza donde habita el alma a manera de un rey según la concepción platónica.

⁶⁹ Se ha conjeturado que en este pasaje hay reminiscencias de la conducta de Alcibíades y también de los esfuerzos de Sócrates para hacerle cambiar de vida. Cf. nota a 559 d.

⁷⁰ Esta confusión y cambio de nombres en las cualidades del espíritu y modos de conducta había sido ya observado por Tucídides como muestra de la corrupción general (III 82, 4); cf. también la imitación de Salustio (*Cat.* LII 11).

gastando tanto en los placeres innecesarios como en los necesarios, ya sea su gasto de dinero, de trabajo o de tiempo; y, si es afortunado y no sigue adelante en su delirio, sino, al hacerse mayor, acoge, pasado lo más fuerte del torbellino, a unos grupos de desterrados⁷¹ y no se entrega del todo a los invasores, entonces vive poniendo igualdad en sus placeres y dando, como al azar, el mando de sí mismo al primero que cae hasta que se sacia y lo da a otro sin desestimar a ninguno, sino nutriéndolos por igual a todos⁷².

—Bien seguro.

—Y no da acogida —dije yo— a máxima alguna de verdad ni la deja entrar en su reducto si alguien le dice que son distintos los placeres que traen los deseos justos y dignos y los que responden a los deseos perversos, y que hay que cultivar y estimar los primeros y refrenar y dominar los segundos, sino que a todo esto vuelve la cabeza y dice que todos son iguales y que hay que estimarlos igualmente.

—De cierto —dijo— que eso es lo que hace el que se encuentra en tal situación.

—Y así pasa su vida día por día —dije yo—, condescendiendo con el deseo que le sale al paso, ya embriagado y tocando la flauta, ya bebiendo agua⁷³ y adelgazando; otras veces haciendo gimnasia; otras, ocioso y despreocupado de todo, y en alguna ocasión, como si dedicara su tiempo a la filosofía. Con frecuencia se da a la política y, saltando a la tribuna, dice y hace lo que le

⁷¹ Esto es, de las buenas inclinaciones anteriormente expulsadas.

⁷² La igualdad que el estado democrático pone entre sus ciudadanos la instaura el hombre democrático entre sus placeres, de cualquiera índole y calidad que éstos sean. Parece excesivo, sin embargo, formular esta relación como lo hace Nettleship (citado por Adam *ad loc.*) diciendo que uno y otro hacen su principio de la ausencia de principio; porque esto se puede decir del individuo democrático tal como lo concibe Platón, pero el estado democrático establece inmediatamente solo una igualdad o indiferencia de personas.

⁷³ El bebedor de agua, es decir, el hombre totalmente abstemio, se presentaba a veces como un ser ridículo a los ojos de los atenienses.

viene a las mentes; y, si en algún caso le dan envidia unos militares, a la milicia va, y si unos banqueros, a la banca. Y no hay orden ni sujeción alguna en su vida, sino que, llamando agradable, libre y feliz a la que lleva, sigue con ella por encima de todo.

—Has recorrido de punta a cabo —dijo— la vida de un hombre igualitario.

—Y pienso —proseguí— que este hombre es muy vario y está repleto de ídoles distintas y que él es el lindo y abigarrado semejante a la ciudad de que hablamos⁷⁴. Y muchos hombres y mujeres envidiarían su vida, que tiene en sí muchos modelos de regímenes políticos y modos de ser.

—Ése es, de cierto —dijo.

—¿Y qué? ¿Quedaría el tal varón catalogado al lado de la democracia en la idea de que hay razón para llamarle democrático?

—Quede, en efecto —dijo.

XIV. —Nos falta, pues, que tratar —dije yo— del más hermoso régimen político y del hombre más bello⁷⁵, que son la tiranía y el tirano.

—De entero acuerdo —dijo.

—Veamos entonces, mi querido amigo, ¿con qué carácter nace la tiranía? Porque, por lo demás, parece evidente que nace de la transformación de la democracia.

—Evidente.

—¿Y acaso no nacen de un mismo modo la democracia de la oligarquía y la tiranía de la democracia?

—¿Cómo?

—El bien propuesto —dije yo— y por el que fue establecida la oligarquía era la riqueza, ¿no es así?

—Sí.

—Ahora bien, fue el ansia insaciable de esa riqueza y el abandono por ella de todo lo demás lo que perdió a la oligarquía⁷⁶.

⁷⁴ 557 c.

⁷⁵ Naturalmente, irónico.

⁷⁶ 555 c-557 a.

—Es verdad —dijo.

—¿Y no es también el ansia de aquello que la democracia define como su propio bien lo que disuelve a ésta?

—¿Y qué es eso que dices que define como tal?

—La libertad —repliqué—. En un Estado gobernado democráticamente oirás decir, creo yo, que ella es lo más hermoso de todo y que, por tanto, sólo allí vale la pena de vivir a quien sea libre por naturaleza.

—En efecto —observó—, estas palabras se repiten con frecuencia.

—¿Pero acaso —y esto es lo que iba a decir ahora— el ansia de esa libertad y la incuria de todo lo demás no hace cambiar a este régimen político y no lo pone en situación de necesitar de la tiranía? —dije yo.

—¿Cómo? —preguntó.

—Pienso que, cuando una ciudad gobernada democráticamente y sedienta de libertad tiene al frente a unos malos escanciadores y se emborracha más allá de lo conveniente con ese licor sin mezcla, entonces castiga a sus gobernantes, si no son totalmente blandos y si no le procuran aquélla en abundancia, tachándolos de malvados y oligárquicos⁷⁷.

—Efectivamente, eso es lo que hacen —dijo.

—Y a quienes se someten a los gobernantes —dije— les injuria, como a esclavos voluntarios y hombres de nada; y a los gobernantes que se asemejan a los gobernados y a los gobernados que parecen gobernantes los encomia y honra así en público como en privado. ¿No es, pues, forzoso que en una tal ciudad la libertad se extienda a todo?

—¿Cómo no?

⁷⁷ Sobre estas violentas reacciones de la democracia, véanse en Jenofonte (*Hell.* I 7, 12 y sigs.) las discusiones del proceso que siguió a la batalla de las Arginusas. Nuestra generación conoce de cierto la forma en que los diversos partidos políticos que aspiran a suceder a un régimen derribado se motejan entre sí de afines de los vencidos.

—Y que se filtre la indisciplina, ¡oh, querido amigo!, en los domicilios privados —dije— y que termine por imbuirse hasta en las bestias⁷⁸.

—¿Cómo ha de entenderse eso que dices? —preguntó.

—Pues que el padre —dije— se acostumbra a hacerse igual al hijo y a temer a los hijos, y el hijo a hacerse igual al padre y a no respetar ni temer a sus progenitores a fin de ser enteramente libre; y el meteco se iguala al ciudadano y el ciudadano al meteco y el forastero ni más ni menos. 563

—Sí, eso ocurre —dijo.

—Eso y otras pequeñeces por el estilo —dije—: allí el maestro teme a sus discípulos y les adula; los alumnos menosprecian a sus maestros y del mismo modo a sus ayos; y, en general, los jóvenes se equiparan a los mayores y rivalizan con ellos de palabra y de obra y los ancianos, condescendiendo con los jóvenes, se hinchen de buen humor y de jocosidad, imitando a los muchachos, para no parecerles agrios ni despóticos. b

—Así es en un todo —dijo.

—Y el colmo, amigo, de este exceso de libertad en la democracia —dije yo— ocurre en tal ciudad cuando los que han sido comprados con dinero no son menos libres que quienes los han comprado⁷⁹. Y a poco nos olvidamos.

⁷⁸ Sobre la inestabilidad de los regímenes políticos, especialmente de la democracia, y la consiguiente perpetua transformación de aquéllos, léanse las palabras de Donoso Cortés (*Ensayo sobre el Catolicismo, etc.* III 3): «En las esferas políticas no acierta (el hombre) a rendir culto a la libertad sin negar a la autoridad su culto y su homenaje; en las esferas sociales no sabe otra cosa sino sacrificar la sociedad al individuo o los individuos a la sociedad... Si alguna vez ha intentado mantenerlo todo en su propio nivel, poniendo en las cosas cierta manera de paz y de justicia, luego al punto la balanza en que las pesa ha rodado por tierra hecha fragmentos como si hubiera una irremediable falta de proporción entre la pesadumbre de la balanza y la flaqueza del hombre».

⁷⁹ El lector moderno percibe fácilmente en esta frase el sentimiento general de la Antigüedad acerca del esclavo, sentimiento al que no pudieron escapar los espíritus más egregios.

mos de decir cuánta igualdad y libertad hay en las mujeres respecto de los hombres y en los hombres respecto de las mujeres.

c —Así, pues, según aquello de Esquilo, ¿«diremos cuanto nos vino ahora a la boca»?⁸⁰ —preguntó.

—Sin dudar lo —contesté—, y lo que digo es esto: que, por lo que se refiere a las bestias que sirven a los hombres, nadie que no lo haya visto podría creer cuánto más libres son allí que en ninguna otra parte, pues, conforme al refrán⁸¹, las perras se hacen sencillamente como sus dueñas, y lo mismo los caballos y asnos, que llegan allí a acostumbrarse a andar con toda libertad y empaque, empellando por los caminos a quienquiera que encuentren si no se les cede el paso⁸²; y todo lo demás d resulta igualmente henchido de libertad.

—Me estás contando —dijo— mi propio sueño⁸³, pues a mí me ha ocurrido eso más de una vez cuando salgo para el campo.

—¿Y conoces —dije— el resultado de todas estas cosas juntas, por causa de las cuales se hace tan delicada el alma de los ciudadanos que, cuando alguien trata de imponerles la más mínima sujeción, se enojan y no la resisten? Y ya sabes, creo yo, que terminan no preocupándose siquiera de las leyes, sean escritas o no, para e no tener en modo alguno ningún señor.

—Muy bien que lo sé —contestó.

XV. —He aquí, ¡oh, amigo! —dije—, el principio, tan bello y hechicero, de donde, a mi parecer, nace la tiranía.

⁸⁰ Esquilo, fr. 351 R.

⁸¹ El refrán decía «como la dueña, tal la perra» y se empleaba en el sentido de «como es la señora, así la sirvienta». Pero Platón le conserva aquí a su propósito el valor literal.

⁸² Platón refleja en este pasaje un aspecto de la vida pública ateniense. Las dificultades del tránsito por las grandes ciudades han sido también frecuente objeto de sátira en las literaturas modernas.

⁸³ La frase era sin duda proverbial e indicaba la conformidad de experiencia del que escucha con aquello que se ha referido.

—Hechicero, en efecto —replicó—; pero ¿qué es lo que viene después?

—Que la misma enfermedad —dije— que, produciéndose en la oligarquía, acabó con ella, esa misma se hace aquí aún más grave y poderosa, a causa de la licencia que hay, y esclaviza a la democracia. Pues en realidad todo exceso en el obrar suele dar un gran cambio en su contrario lo mismo en las estaciones que en las plantas que en los cuerpos y no menos en los regímenes políticos. 564

—Es natural —dijo.

—La demasiada libertad parece, pues, que no termina en otra cosa sino en un exceso de esclavitud lo mismo para el particular que para la ciudad.

—Así parece, ciertamente.

—Y por lo tanto —proseguí— es natural que la tiranía no pueda establecerse sino arrancando de la democracia; o sea que, a mi parecer, de la extrema libertad sale la mayor y más ruda esclavitud⁸⁴.

—Eso es lo natural, en efecto —replicó.

—Pero no era esto lo que preguntabas, según creo —dije—, sino cuál era esa enfermedad que nace en la oligarquía y que es la misma que esclaviza a la democracia. b

—Dices verdad —observó.

—Pues bien —dije yo—, me refería al linaje de hombres holgazanes y pródigos: una parte de ellos más varonil, que es la que guía, y otra más cobarde, que le sigue; y los comparábamos con zánganos, los unos provistos de aguijón, los otros sin él.

—Y muy justamente —observó.

⁸⁴ Platón está embargado por el recuerdo de las cosas de Grecia y especialmente por el de Dionisio I de Siracusa. Además el proceso que él expone es el que encuentra correspondencia en la vida individual, donde a la igualdad de los deseos buenos y malos sucede el imperio de estos últimos; pero evidentemente la tiranía política puede tener y ha tenido otros orígenes además de la evolución de la democracia.

—Ésos, pues, al aparecer en cualquier régimen, lo perturban como la mucosidad y la bilis⁸⁵ perturbaban al cuerpo —proseguí—; y es necesario que el buen médico y legislador de la ciudad, no menos que el entendido apicultor, se prevenga de ellos muy de antemano, en primer lugar para que no nazcan y, si llegan a nacer, para arrancarlos lo más pronto posible juntamente con sus panales.

—Sí, ¡por Zeus! —dijo él—, desde luego.

—Vamos ahora —dije— a considerarlo en otro aspecto para que veamos más distintamente lo que queremos ver.

—¿Cómo?

—Dividamos con el pensamiento la ciudad democrática en tres partes, de las que efectivamente está formada en la realidad⁸⁶. Una es, creo yo, el linaje que nace en ella por la misma licencia que allí hay, no menos numeroso que en la ciudad oligárquica.

—Así es.

—Pero resulta mucho más corrosivo que en aquella.

—¿Cómo así?

—Allá, por no recibir honras, sino más bien ser apartado de los mandos, resulta inexperto y sin poder, pero en la democracia, en cambio, es él quien manda, con pocas excepciones, y su parte más corrosiva es la que

⁸⁵ La bilis, según Aristóteles, es caliente, y la flema o mucosidad, fría; aquella representa a los zánganos con aguijón, y ésta, a los que carecen de él.

⁸⁶ Aquí tiene también Platón puesta la vista en la Atenas de su tiempo. Oportunamente se citan como ilustración de todo este pasaje unos versos de *Las suplicantes* de Eurípides (237-245) que hay quien considera interpolados: «Porque hay tres clases de ciudadanos. Los ricos son inútiles y siempre quieren más; peligrosos los hombres resultan que no tienen fortuna y que, invadidos por desmedida envidia, descargan su aguijón perverso contra aquellos que de acomodo gozan cuando malvados jefes con su habla les excitan; pero hay una tercera clase, la que está en medio y a las ciudades salva cumpliendo con buen orden lo que se le prescribe». Ciertamente la clasificación de Eurípides no corresponde a la apuntada por Platón en este lugar, entre otras razones porque cada una de ellas se refiere a un momento distinto de la evolución política; pero sirve para ilustrarla en algunos puntos.

habla y obra; el resto, sentado en torno de las tribunas, runfla y no aguanta a quien exponga opinión distinta, de modo que en semejante régimen todo se administra por esta clase de hombres salvo un corto número de los otros⁸⁷.

—Muy de cierto —dijo.

—Pero hay otro grupo que siempre se distingue de la multitud.

—¿Cuál es?

—Buscando todos la ganancia, los que por su índole son más ordenados se hacen generalmente los más ricos.

—Es natural.

—Y de ahí es, si no me equivoco, de donde los zánganos sacan más miel y con mayor facilidad.

—En efecto —dijo—, ¿cómo habrían de sacársela a los que tienen poco?

—Y tales ricos son, a mi ver, los que se llaman hierba⁸⁸ de zánganos.

—Eso parece —contestó.

XVI. —El tercer linaje será el del pueblo, esto es, ⁵⁶⁵ el de aquellos que, viviendo por sus manos o apartados de las actividades públicas, tienen escaso caudal. Y es el linaje más extenso y el más poderoso en la democracia cuando se reúne en asamblea.

—Así es, de cierto —dijo—; pero con frecuencia no quiere hacerlo si no recibe una parte de miel⁸⁹.

⁸⁷ Con esta mala opinión que Platón tiene de los demagogos confróntese lo que Tucídides (II 65, 10-11) dice sobre los sucesores de Pericles. Pero el mismo Platón admite aquí excepciones, y aun más explícitamente en el *Gorgias* (526 a-b), donde cita al ateniense Aristides, jefe demócrata «grandemente renombrado aun entre los otros helenos».

⁸⁸ Esto es, «pasto». Sin duda se trata de una expresión proverbial.

⁸⁹ Hay aquí ciertos toques que ilustran la decadencia de la democracia ateniense: cuando los ciudadanos empezaron a exigir del Estado recompensas por su contribución en la marcha de los asuntos públicos y descuidaron con ello sus normales medios de vida, la democracia comenzó a pervertirse.

—Y la recibe siempre —dije— en la medida en que les es posible a los que mandan el quitar su hacienda a los ricos y repartir algo al pueblo, aunque quedándose ellos con la mayor parte⁹⁰.

b —Así es como la recibe, en efecto —dijo.

—Y entonces, creo yo, los que han sufrido el despojo se ven forzados a defenderse hablando ante el pueblo y haciendo cuanto cabe en sus fuerzas.

—¿Cómo no?

—Y, aunque en realidad no quieran cambiar nada, son inculpados por los otros de que traman asechanzas contra el pueblo y de que son oligárquicos⁹¹.

—¿Qué otra cosa cabe?

c —Y así, cuando ven al fin que el pueblo, no por su voluntad, sino por ser ignorante y porque le engañan los calumniadores, trata de hacerles daño, entonces, quiéranlo o no, se hacen de veras oligárquicos y no espontáneamente; antes bien, es el mismo zángano el que, picándoles, produce este mal⁹².

—Así es en un todo.

—Y surgen denuncias, procesos y luchas entre unos y otros.

—En efecto.

—¿Y así el pueblo suele siempre escoger a un deter-

⁹⁰ Viva impresión igualmente de la política de Atenas. Compárense, por ejemplo, las consideraciones que Bdelicleón hace a Filocleón sobre la miseria de la paga que reciben los heliastas en comparación con las ganancias de los políticos de quienes son instrumento (Aristóf. *Vesp.* 655 y sigs.) y Demóstenes, III 31, donde dice: «Ahora, por el contrario, los políticos son los dueños de los bienes y por ellos se hace todo, mientras que vosotros, los que formáis el pueblo, enervados y despojados de vuestras riquezas y de vuestros aliados, quedáis reducidos a la condición de servidores y ciudadanos accesorios, contentos cuando se os da algo del fondo de espectáculos u os organizan éstos una procesión en las Boedromias; y, lo que es el colmo de la hombría, aún les agradecéis que os den lo propio vuestro».

⁹¹ Cf. nota a 562 d.

⁹² Isócrates recuerda asimismo que los atenienses habían obligado a los ciudadanos más ilustres y más de provecho a hacerse oligárquicos a fuerza de acusarlos de oligarquía (XV 318).

minado individuo y ponerlo al frente de sí mismo⁹³, mantenerlo y hacer que medre en grandeza?

—Eso suele hacer, en efecto.

—Resulta, pues, evidente —proseguí— que, dondequiera que surge un tirano, es de esta raíz de la jefatura y no de otro lado⁹⁴ de donde brota.

—Bien evidente.

—¿Y cuál es el principio de la transformación del jefe en tirano? ¿No es claro que empieza cuando comienza el jefe a hacer aquello de la fábula que se cuenta acerca del templo de Zeus Liceo en Arcadia?

—¿Qué fábula? —preguntó.

—La de que el que gusta de una entraña humana desmenuzada entre otras de otras víctimas, ése fatalmente ha de convertirse en lobo. ¿No has oído ese relato?⁹⁵

—Sí.

—¿Y así, cuando el jefe del pueblo, contando con una multitud totalmente dócil, no perdona la sangre de su raza, sino que acusando injustamente, como suele ocurrir, lleva a los hombres a los tribunales y se mancha, destruyendo sus vidas y gustando de la sangre de sus hermanos con su boca y lengua impuras, y destierra y mata mientras hace al mismo tiempo insinuaciones sobre rebajas de deudas y repartos de tierras⁹⁶, no es fuerza y fatal destino para tal sujeto el perecer a manos de sus enemigos o hacerse tirano y convertirse de hombre en lobo?⁹⁷

⁹³ En Atenas los metecos o forasteros residentes tenían un *prostátes* (lat. *patronus*) que los representaba y defendía en juicio. Así ahora el pueblo erige un patrón o jefe que luego se le convierte en tirano.

⁹⁴ Cf., sobre esta afirmación, nota a 564 a.

⁹⁵ Pausanias, VIII 2, 3, refiere así la leyenda: «Licaón llevó al altar de Zeus Liceo una criatura humana, la sacrificó y vertió la sangre sobre el altar; y se cuenta que, inmediatamente después del sacrificio, quedó convertido de hombre en lobo».

⁹⁶ Lugares comunes de los demagogos revolucionarios.

⁹⁷ Obsérvese la fatalidad que atribuye Platón a la vida del tirano. Jenofonte afirma (*Hier.* VII 12) que ningún tirano se atreve a deponer su poder; y Tucídides advierte, por boca de Pericles (II 63, 2), que la tiranía es muy peligrosa de dejar.

—Es de toda necesidad —dijo.

—Así viene a resultar —dije— el que se levanta en sedición contra las gentes acaudaladas.

—Así.

—Y cuando, habiendo sido desterrado, vuelve a la patria a pesar de sus enemigos, ¿no llega entonces como tirano consumado?⁹⁸

—Claro está.

—Y, si son impotentes para echarlo o matarlo poniendo a la ciudad contra él, en ese caso conspiran para darle a escondidas muerte violenta.

—Al menos tal suele ocurrir —dijo.

—Y este es el punto en que todos los que han llegado a esta situación recurren a aquella famosa súplica de los tiranos⁹⁹ en que piden al pueblo algunos guardias de corps para que aquél conserve su defensor.

—Muy de cierto —dijo.

—Y los del pueblo se los dan, creo yo, temiendo por él, pero enteramente seguros por lo que toca a ellos mismos.

—Muy de cierto también.

—Y, cuando ve esto el hombre que tiene riquezas y que, por tenerlas, se siente inculcado de ser enemigo del pueblo, entonces es, ¡oh, camarada!, cuando éste, ajustándose al oráculo dado a Creso,

«escapa a lo largo del Hermo pedregoso sin miedo a que alguno le llame cobarde»¹⁰⁰.

⁹⁸ Recuérdese a este propósito la expulsión y vuelta de Pisístrato. En todo este pasaje Platón muestra cómo el tirano se hace abierto o solapadamente tal por la resistencia abierta o encubierta de sus enemigos.

⁹⁹ Como en los casos de Teágenes de Mégara, Pisístrato y Dionisio de Siracusa.

¹⁰⁰ En Heródoto (I 55) el rey lidio Creso pregunta al oráculo de Delfos si será de larga duración su monarquía y la pitonisa le responde en unos versos en que le aconseja una impúdica huida en el momento en que sepa que ha accedido al trono de Persia un mulo, es decir, un personaje de raza mixta, Ciro, hijo del persa Cambises y la meda Mandane, que iba en efecto a destronarle.

—No, en efecto —dijo—, porque no tendría tiempo de avergonzarse segunda vez.

—Y al que es cogido —dijo— bien seguro que se le entrega a la muerte.

—Sin remedio.

—Y es manifiesto que aquel jefe no yace «grande, ocupando un espacio infinito»¹⁰¹, sino que, echando abajo a otros muchos, se sienta en el carro de la ciudad consumando su transformación de jefe en tirano.

—¿Cómo podría no ser así? —dijo.

XVII. —¿Repasamos ahora —seguí— la felicidad del hombre y la de la ciudad en que surge un mortal de esa especie?

—Conforme. Hagámoslo así —dijo.

—¿No es cierto —dije— que, en los primeros días y en el primer tiempo, aquél sonríe y saluda a todo el que encuentra a su paso, niega ser tirano, promete muchas cosas en público y en privado, libra de deudas y reparte tierras al pueblo y a los que le rodean y se finge benévolo y manso para con todos?

—Es de rigor —contestó.

—Y pienso que, cuando en sus relaciones con los enemigos de fuera se ha avenido con los unos y ha destruido a los otros y hay tranquilidad por parte de ellos, entonces suscita indefectiblemente algunas guerras para que el pueblo tenga necesidad de un conductor¹⁰².

—Es natural.

¹⁰¹ Expresión homérica con que se describe el cadáver de un guerrero tendido en tierra (*Il.* XVI 776). Sugerencia de Homero es también la imagen del tirano que se sienta en su carro después de haber derribado a otros muchos.

¹⁰² Aristót. *Pol.* 1313 b 28-29 dice: «el tirano hace guerras para que las gentes estén ocupadas y pasen la vida necesitadas de un conductor». En toda esta descripción del tirano se trasluce la figura de Dionisio el Viejo de Siracusa: él también empezó repartiendo las tierras, hizo de la lucha con los cartagineses la base de su poder, requirió la protección de una guardia de ciudadanos nuevos, suprimió violentamente a sus enemigos y ofendió la conciencia de los griegos con el despojo de los templos.

567 —¿Y para que, pagando impuestos, se hagan pobres
 a y, por verse forzados a atender a sus necesidades cotidianas, conspiren menos contra él? ¹⁰³

—Evidente.

—¿Y también, creo yo, para que, si sospecha de algunos que tienen temple de libertad y no han de dejarle mandar, tenga un pretexto para acabar con ellos entregándoles a los enemigos? ¿No es por todo eso por lo que le es necesario siempre al tirano promover guerras?

—Necesario, en efecto.

b —Pero, al obrar así, ¿no se expone a hacerse más y más odioso a los ciudadanos?

—¿Cómo no?

—¿Y no sucede que algunos de los que han ayudado a encumbrarle y cuentan con influencia se atrevan a franquearse ya con él, ya entre sí unos y otros, censurando las cosas que ocurren, por lo menos aquellos que sean más valerosos?

—Es natural.

—Y así el tirano, si es que ha de gobernar, tiene que quitar de en medio a todos éstos hasta que no deje persona alguna de provecho ni entre los amigos ni entre los enemigos.

—Está claro.

c —Debe, por tanto, mirar perspicazmente quién es valeroso, quién alentado, quién inteligente y quién rico, y es tal su dicha que por fuerza, quiéralo o no, ha de ser enemigo de todos éstos y conspirar en su contra hasta que depure la ciudad.

—¡Hermosa depuración! —dijo.

—Sí —repliqué—, la opuesta a la que hacen los médicos en el cuerpo: pues éstos, quitando lo peor, dejan lo mejor y aquél hace todo lo contrario ¹⁰⁴.

¹⁰³ Aristót. I. c. señala todas estas intenciones como propias del tirano con referencia especial a Dionisio de Siracusa.

¹⁰⁴ Es la que aconsejó Trasíbulo de Mileto a Periandro de Corinto, cuando, ante el emisario que éste le había enviado para pedirle parecer, fue cortando en el campo las espigas más altas y lozanas (Heród. V 92).

—Y según parece —dijo— resulta para él una necesidad si es que ha de gobernar.

XVIII. —¡Pues sí que es envidiable —dije— la necesidad a que está sujeto, que le impone el vivir con la muchedumbre de los hombres ruines, siendo además odiado por ellos, o dejar de vivir!

—Tal es ella —dijo.

—¿Y no es cierto que, mientras más odioso se haga a los ciudadanos al obrar así, mayor y más segura será la guardia de hombres armados que necesite?

—¿Cómo no?

—¿Y quiénes serán esos leales? ¿De dónde los sacará?

—Volando —dijo— vendrán por sí mismos en multitud si les da sueldo.

—Me parece, ¡por vida del perro! —exclamé—, que te refieres a otros zánganos, pero extranjeros éstos y procedentes de todas partes ¹⁰⁵.

—Y es verdad lo que te parece —dijo.

—¿Y qué? ¿No querría acaso a los del país...?

—¿Cómo? ¹⁰⁶

—Quitando los siervos a los ciudadanos y dándoles libertad, hacerlos de su guardia.

—Bien seguro —dijo—, puesto que éstos resultan los más fieles para él.

—¡Pues buena cosa —dije— es la que, según tú, le ocurre al tirano si ha de utilizar a tales personas como amigos y leales servidores después de haber hecho perecer a aquellos otros!

—Y, sin embargo —dijo—, de ellos se sirve.

—¿Y así estos tales compañeros le admiran —dije—

¹⁰⁵ Las guardias personales de mensajeros extranjeros eran cosa general en las tiranías de Grecia y se dieron también en la de Dionisio. Éste se valió igualmente para ello de los siervos a quienes sacó de la esclavitud privada, procedimiento a que se alude después en el texto.

¹⁰⁶ La interrupción de Adimanto expresa su asombro ante la idea de que los propios ciudadanos puedan servir de guardia al tirano como parecía desprenderse del comienzo de la frase de Sócrates.

y los nuevos ciudadanos ¹⁰⁷ forman su sociedad mientras que los que son como deben ser le odian y le esquivan?

—¿Cómo no han de hacerlo?

—No sin razón —dije— se tiene a la tragedia en general como algo lleno de sabiduría y, dentro de ella, principalmente a Eurípides ¹⁰⁸.

—¿Por qué así?

—Porque él es quien dejó oír aquel dicho propio de ^b una mente sagaz de que «son sabios los tiranos porque a otros sabios tratan» ¹⁰⁹. Y es claro que, en su entender, los sabios con quienes aquél convive no son otros que los ya mencionados.

—Y elogia a la tiranía —agregó él— como cosa que iguala a los dioses con otras muchas alabanzas ¹¹⁰; y esto no sólo él, sino los otros poetas.

—Ahora bien —seguí—, como también son sabios los poetas trágicos, seguro que nos perdonan, a nosotros y a los que siguen una política allegada de la nuestra, el que no les acojamos en nuestra república por ser cantores de la tiranía.

—Pienso —dijo— que nos han de perdonar, por lo ^c menos los que entre ellos sean discretos.

—No obstante ellos van, creo yo, dando vueltas por las otras ciudades, congregando a las multitudes y al-

¹⁰⁷ Esto es, los esclavos convertidos en ciudadanos: neopolitas los llamaba, en efecto, Dionisio (Diod. XIV 7, 4).

¹⁰⁸ Con esta inesperada arremetida contra Eurípides, cf. la dirigida contra Homero en el primer libro (334 a-b).

¹⁰⁹ El dicho no es de Eurípides, sino de Sófocles en su tragedia *Ayante el loco*, hoy perdida (fr. 14 R.). Pero lo que se ha de observar es la ingeniosa malicia con que Platón la interpreta refiriéndola a los que ya ha considerado como únicos compañeros del tirano: los mercenarios extranjeros y los esclavos emancipados. En el original, naturalmente, se aludía a los «sabios», principalmente poetas, que solían atraer los tiranos a sus cortes.

¹¹⁰ Euríp. Tr. 1169 habla en efecto de «el divino poder» con referencia a la tiranía y en otros varios pasajes la celebra en diversos términos; pero la verdad es que también la censura en otros tantos, y en principio no se puede hacer responsable a un poeta dramático de todo aquello que pone en boca de sus personajes.

quilando voces hermosas, sonoras y persuasivas ¹¹¹; y con ello arrastran los regímenes políticos hacia la tiranía o la democracia.

—Muy de cierto.

—Y además reciben sueldo y honras sobre todo, como es natural, de los tiranos, y en segundo lugar, de la democracia; pero, cuanto más suben hacia la cima de los regímenes políticos, tanto más desfallece su honor ^d como imposibilitado de andar por falta de aliento ¹¹².

—Así es en un todo.

XIX. —Pero con esto —dije— nos hemos desviado de nuestro camino. Volvamos a hablar del ejército del tirano, de aquel ejército hermoso, grande, multicolor y siempre cambiante, y digamos de dónde sacará para mantenerlo.

—Está claro —dijo— que, si hay tesoros sagrados en la ciudad, los gastará; y mientras le baste el precio de su venta, serán menores los tributos que imponga al pueblo.

—¿Y qué hará cuando falten aquellos recursos? ^e

—Pues no hay duda —contestó—; vivirá de los bienes paternos, así él como sus comensales, sus amigos y sus cortesanas.

—Entendido —dije—: el pueblo que ha engendrado al tirano mantendrá a éste y a sus socios.

—No le quedará más remedio —afirmó.

—¿Cómo lo entiendes? —pregunté—. ¿Y si el pueblo se irrita y dice que no procede que un hijo, en el vigor de su juventud, sea alimentado por su padre, sino ⁵⁶⁹ al contrario, el padre por el hijo, y que no lo engendró ^a y lo puso en su puesto para que, al hacerse grande, él, el padre, tuviera, esclavo de sus propios esclavos, que

¹¹¹ Se refiere, naturalmente, a las de los actores.

¹¹² Es, como se ha observado, lo más duro acaso que Platón ha dicho de la poesía; que cuanto más elevada es la constitución política de un pueblo, menos honor se tributa en él a aquélla. Y así los dos regímenes que más la favorecen son los dos más perversos: la democracia y la tiranía.

mantenerlo, así como a los esclavos mismos y a otros advenedizos, sino para quedar libre, bajo su jefatura, de los ricos y de los que se llaman en la ciudad hombres de pro ¹¹³, y si, en vista de ello, les manda salir de la ciudad a él y a su cohorte como el padre que echa de su casa a un hijo suyo en compañía de sus turbulentos invitados?

b —Entonces, ¡por Zeus! —exclamó él—, vendrá a darse cuenta el pueblo de cómo obró y de qué clase de criatura engendró, cuidó e hizo medrar; y de cómo, siendo el más débil, pretende expulsar a otros más fuertes que él.

—¿Cómo lo entiendes? —pregunté—. ¿Se atreverá el tirano a violentar a su padre y aun a pegarle si no se le somete?

—Sí —dijo—, una vez que le haya quitado las armas.

c —Así —dije yo— llamas parricida al tirano y perverso sustentador de la vejez; y a lo que parece, esto es lo que se conoce universalmente como tiranía. Y el pueblo, huyendo, como suele decirse ¹¹⁴, del humo de la servidumbre bajo hombres libres, habrá caído en el fuego del poder de los siervos; y en lugar de aquella grande y destemplada libertad viene a dar en la más dura y amarga esclavitud: la esclavitud bajo esclavos.

—Muy de cierto —dijo—; eso es lo que ocurre.

—¿Y qué? —dije—. ¿Nos saldremos de tono si decimos que hemos expuesto convenientemente cómo sale la tiranía de la democracia y cómo es aquélla una vez que nace?

—Bien en un todo lo hemos expuesto —replicó.

¹¹³ Recuérdese que la democracia sucedió a la oligarquía.

¹¹⁴ «Huyendo del humo vine a dar en el fuego», decía el proverbio. El pueblo ha erigido al tirano para no ser esclavo de hombres libres y con ello ha llegado a ser esclavo de esclavos.

I. —Queda por ver —dije— el hombre tiránico en ⁵⁷¹ sí mismo; cómo surge por la transformación del democrático, cuál es, una vez que nace, y de qué modo vive, si desgraciado o feliz.

—En efecto, eso es lo que nos queda por examinar —replicó.

—¿Y sabes —dije— lo que aún echo de menos?

—¿Qué?

—En lo relativo a los deseos ¹ creo que no hemos analizado bien cuántos y de qué clase son; y, habiendo falta en esto, va a adolecer de oscuridad la investigación que nos proponemos.

—¿Y no estamos aún —preguntó— en ocasión de proveer a ello?

¹ Los deseos son los promotores del cambio en el hombre; los que le hacen tiránico como los que le hacen oligárquico o democrático. Pero a cada transformación corresponden deseos de diferente especie y por eso se impone la clasificación y estudio de éstos antes de pasar adelante.